

Gustavo Labarca Garat

Evocación de Corea



RECUERDO haber visto el nombre de Corea junto a una dulce imagen campestre, en las primeras lecturas de mi infancia. La traducción de esta palabra—o sea, el país de la mañana plácida—hablaba románticamente a mi fantasía: mi niñez transcurrió en un pueblo sureño, invernal y tempestuoso y experimentaba a menudo nostalgia de una tierra favorecida por cielos clementes.

Y tan grabada quedó en mi alma, esta temprana impresión y este deseo, que un día, cuando el profesor fijó a mi curso la tarea de hacer una composición intitulada: «¿Dónde me gustaría vivir?», yo, sin vacilaciones, escribí que el sitio ideal para pasar mi vida, no podía ser otro que «Chosen» por sus hermosas mañanas.

El destino tiene curiosas intuiciones. Recién había yo enterado veinte años y estaba haciendo mis primeras armas periodísticas en «El Imparcial», cuando un día de 1940, el director del diario me golpeó el hombro para decirme:

—Labarca, usted irá al Japón.

La cara de mi jefe estaba seria, de modo que no podía sospechar una broma. Así y todo, su notificación me dejó pasmado; no atiné a preguntarle por qué, cuándo, ni en qué condiciones. El resto de aquel día, me sentí como suspendido en el aire; tardé bastante en aterrizar y enfrentarme a la realidad de la próxima travesía.

Guardo para otra ocasión el relato de innumerables pormenores y de las emociones provocadas por ese lento desprenderse de la tierra natal y de los afectos enraizados al espíritu. Lo que me he propuesto describir, comienza bastante después de la visión, un tanto alucinada, de los puertos del Pacífico: El Callao, Guayaquil, Los Angeles, San Francisco, Hawai, Manila, del estupor que me causara el ansiado arribo a Yokohama y de mi sorpresa continua frente al mundo que empezaba a desplegarse ante mí y en donde, hasta el color de la atmósfera y el aire respirable, eran originales, nuevos y distintos.

Me sobrepongo a la tentación de contar mi primera noche en Tokio, cuando, en «La Zapatilla de Plata»—una de las más concurridas casas de té de la capital del Imperio—me sentí héroe de romances miliunanochescos. No me detengo, tampoco, a revivir mi primer despertar ante un panorama lluvioso y gris, ni mi visita—includible y religiosa—al Palacio Imperial.

Saltaré esta laguna de varios meses para referirme al día primaveral y ardiente, en que la caravana de chilenos, después de pasar cinco días de recreo en las termas de Miyanoshita, fué instalada en un tren, rumbo a los dominios imperiales de ultramar.

Los ferrocarriles japoneses gozaban fama de ser unos de los mejor organizados del continente asiático. En cuanto a puntualidad, entiendo que no tenían

competidores en el mundo entero. Los trenes no debían llegar jamás ni siquiera con un segundo de atraso, pero tampoco con un segundo de anticipación. Y esta ley de exactitud inflexible, tenía un valor de tal manera sagrado entre los nipones, que, si alguna vez, por un cambio de temperatura o un defecto insignificante en la mecánica de los relojes controladores, el convoy entraba a los andenes antes o después de la hora prescrita, el jefe de estación, el conductor del tren y el maquinista, se hacían el *hara-kiri*, es decir, se suicidaban rajándose el vientre, según la usanza tradicional.

Así fué, que el expreso de Simonoseki, estaba ya lanzando sus bufidos y la vaporosa nube de sus calderas, cuando a las 10.35 de la mañana, llegamos a la estación. Prontamente nos acomodamos en los confortables sillones tapizados de felpa azul. Minutos después que la máquina se puso en marcha, los pasajeros recibieron las clásicas demostraciones de la cortesía nipona: muchachas ataviadas de multicolores kimonos, luciendo altos peinados color de ébano, circularon por el vagón regalando abanicos a fin de que nos defendiéramos del calor y, poco más tarde, sirviendo—también como obsequio de la empresa—tacitas de arroz y de té para prevenir las fatigas del trayecto.

Aquel día, el tiempo se deslizaba sobre ruedas. Los paisajes tantas veces vistos en la estampa litográfica o en el cuadro exótico que me enseñara, ufano, algún amigo coleccionista, estaban ahora, dilatándose y diversificándose más allá de la ventanilla del tren: la extensión flúida y pantanosa de los arrozales, cultivados casi en su totalidad por mujeres, los inmensos plantíos de té, las casuchas de papel y madera con techos de medio arco tendidos hacia el cielo, la prodiga-

lidad de los cerezos en flor y de las flores del manzano; todo este concierto campestre, al mismo tiempo alegre y triste, ligero y profundo, lanzado como un oleaje hacia el horizonte de volcanes y montañas nevadas me mantenía en tensión, alerta, ávido de no perder ni un solo detalle del panorama avasallador.

Fué a mi vuelta de la frontera rusa, cuando visité detenidamente las grandes urbes japonesas. Por el momento, sólo podía divisarlas desde el tren, presintiendo el torbellino de los centros industriales o identificándome, de antemano, con la atmósfera piadosa de las ciudades sagradas: Kobe, es confluente de trotamundos y comerciantes; Osaka, ciudad de canales, llamada Venecia de Oriente, muestra, a lo lejos, la aglomeración de las chimeneas que se alzan por encima de sus fábricas; Kioto, sobre una colina, la antigua sede del Mikado que guarda valiosos tesoros búdicos, enseña a los caminantes las cúpulas de sus pagodas; al pasar frente a Nagoya, esplenden bajo el sol los peces de oro macizo que, como símbolo protector, adornan el techo de un palacio histórico.

En medio de esta carrera presurosa, hacemos un alto en la isla de Toba, donde se encontraba ubicado el famoso criadero de perlas de Mikimoto. La perla es producto de una enfermedad de la ostra. El célebre japonés inventó la manera de inocular, artificialmente, la enfermedad al marisco, logrando obtener así todas las perlas que él deseara. En realidad, el único límite es la precaución de que no bajen de precio. Una vez hecha la operación, las ostras son devueltas a las rocas submarinas por un plazo prudente. Niñas japonesas hacen de *buzas*, con escafandras que sólo defienden su cabeza, pues se cubren el cuerpo con una simple bata blanca y cumplen su tarea, sumergién-

dose, periódicamente, para efectuar la fabulosa recolección. Difícil resulta presumir que esas bravas muchachas afloran a la superficie del agua trayendo cada una de ellas un tesoro en su canasta de bambú. Muchas perlas alcanzan un valor que sólo está al alcance de un Maharajá. Pero esas jóvenes que, a cada instante, veíamos zambullirse en el agua, no usan jamás ninguna de las perlas que cosechan. Las pescadoras de tan codiciadas cuentas, apenas ganan su comida y unos cuantos céntimos diarios.

Mikimoto nos invitó a almorzar y, como primer guiso, nos hizo servir ostras rebosadas. Al partir los fritos, rodó por el plato un pequeño río de perlas de diverso tamaño y color, que este artífice maravilloso nos daba en recuerdo de nuestra incursión por sus deslumbradores dominios.

A media tarde reanudamos el viaje y, a poco andar, empezó a morir el día. No resisto a la tentación de referir uno de los incontables episodios pintorescos que golpearon nuestra atención: el tiempo era bastante caluroso y, sobre esto, el vagón iba apretado de gente. La atmósfera se volvía, pues, un tanto sofocante. De pronto, no sin sorpresa, comienzo a advertir que algunos pasajeros japoneses se despojan de sus kimonos, se quitan los zapatos y con la camisa abierta, cubiertos solo por los calzoncillos, se acomodan con las piernas cruzadas sobre sus asientos y comienzan a echarse aire con sus abanicos por todo el cuerpo.

Pasada la medianoche, el tren llegó a Simonoseki. La estación ferroviaria se encuentra próxima al embarcadero. Por eso, al salir se escucha el incesante rodar de grúas, winches, y la carga y descarga por medio de lanchones. Oscuros coolíes cruzan las calles

desiertas arrastrando sus carruajes. Entramos silenciosos a la ciudad, aniquilados por la fatiga de la jornada. Afortunadamente, el «Hotel Yamato», de estilo europeo, nos tenía preparadas sus mejores habitaciones.

La principal visita del día siguiente, mientras llegaba la hora de embarcarse para Fusán, fué a los establecimientos de la industria pesada. El potencial bélico de Japón se estaba fraguando en aquellos altos hornos: vimos lenguas de hierro candente que eran estiradas hasta lo inverosímil; luego reducidas a planchas y láminas para construir, después, locomotoras, tanques, obuses, rieles, montajes de toda especie. La detenida inspección ocupó la mañana íntegra. Naturalmente, que fuimos invitados a almorzar por los directores de la usina. En Simonoseki ya teníamos otro clima, distinto del día anterior. Hacía frío. Y varias horas de trajín nos habían despertado un apetito de lobos. Cuál no sería nuestro desencanto, al encontrarnos con un magro almuerzo, compuesto, apenas, de una taza de arroz, algunas verduras y un poco de té verde. Al abandonar los comedores de la fábrica, Jorge Vial Jones que, con su carácter espontáneamente festivo, nos hizo pasar momentos de inolvidable regocijo, formuló el siguiente comentario:

—¡Qué curioso! En la industria pesada, lo único liviano es el almuerzo...

* * *

Todos los barcos japoneses, grandes y pequeños, se denominan «Marú». Este es el apellido de la flota nipónica, al que se agrega un nombre variable, según el caso.

La última distancia que nos separaba de Corea, la transpusimos en el «Tokuyo Marú», un barquichuelo de escaso tonelaje, portador de un cargamento de figuras extrañísimas: chinos de pómulos levantados y ojos brillantes; mongoles con sus trajes rojos, cabeza rapada y larga trenza; manchúes de cara tristísima; coreanos vestidos de blanco; iban, además, muchos soldados de uniforme kaki, imponiendo su prepotencia de dominadores hasta ese momento no detenidos. Poniendo de manifiesto una de esas peculiaridades de la idiosincrasia oriental, que a nuestros ojos parecen impertinencias, pero que para ellos significan cortesías, más de un individuo de raza amarilla creyó necesario advertirnos, con la sonrisa en los labios, que en el curso del último mes, dos naves iguales a la que ocupábamos, habían sido hundidas en ese mismo trayecto por misteriosos torpedos; noticia poco tranquilizadora, en especial, si se considera que habríamos de pasar una noche a bordo. Augusto Iglesias, a quien le pedíamos usara sus facultades de poligloto, para que representara al grupo cuando nos hallábamos en una confusión de lenguas, preguntó con la nerviosidad que se podrá suponer:

—¿Y este barco, lo hundirán también?

A lo que un hombre de ojos rasgados, contestó con estoica impasibilidad:

—Seguramente lo van a hundir...

Otro incidente se registró aquella noche. Nos habíamos internado en aguas del Mar Amarillo y se empezaron a sentir barruntos de tempestad. El barco, débil cáscara de nuez, se agitaba a merced de las olas. Rodrigo Aburto, dominado por explicable desasosiego, entró a su cabina, puso llave a su puerta y nadie lo vió más hasta el día siguiente. A nuestro amigo

Iglesias, lo cogió el mareo y, dignamente, buscó refugio en un rincón del bar. Mario Planet, henchido de ginebra, fumaba su pipa y bebía como viejo navegante.

Dentro de la rígida disciplina japonesa, los tripulantes del barco tenían prohibición de proporcionar cualquier informe a los pasajeros. Como la mentalidad de ese pueblo entiende las leyes a la letra y carece de aptitudes para interpretar su espíritu, suelen caer en grandes simplezas. Jorge Vial Jones, atacado de furor, sujetándose de un poste para que el vaivén no lo botara al suelo, preguntó a un boysan:

—¿Cuándo terminará la borrasca?

Y el hombre, serio, fiel a la consigna recibida, contestó lacónicamente:

—Pregúnteselo al capitán.

* * *

Las últimas etapas del viaje se precipitaron como torbellino. Las horas de llegada y salida eran intempestivas; alteramos nuestro régimen de sueño y pasamos algunos días como sonámbulos. Tengo la sensación de haber entrevisto apenas, el puerto de Fusán, en un brumoso amanecer, aterido de frío. Como este relato debe ceñirse a la más estricta veracidad, prefiero no correr el riesgo de confundir lo vivido con lo soñado y me remonto al lugar donde, ya bien despierto, tomé el ferrocarril hacia la capital de Corea.

Los japoneses son reverentes y humildes respecto de todo lo que se relaciona con su Emperador y sus mitos nacionales; pero en la misma medida, experimentan desdén por lo que atañe a extrañas dignidades. No tuvieron inconveniente en poner a disposición

nuestra el cómodo salón *pullman* de la familia imperial de Chosen, con sillones giratorios y terraza en la plataforma.

La temperatura bajaba a medida que nos aproximábamos al centro del país. Sin embargo, el día estaba despejado. Lo que no podíamos comprender, era que nuestros invitantes, habiéndonos dado un vagón con tan amplios miradores y una terraza entera de cristal, bajaran, a cada instante, las gruesas cortinas de pergamoide y nos privaran de toda posibilidad de observación.

Este confinamiento dentro de una prisión rodante, agudizaba nuestras ansias de llegar a un punto donde gozáramos la amplitud del horizonte. Mi pensamiento se concentró en Seúl, nombre grato al oído por su suave resonancia. Un autor de cuentos o un tejedor de leyendas, lo habría elegido como escenario de fabulosas aventuras.

La realidad, o, mejor dicho, la primera apariencia de la realidad, defrauda algunas ilusiones. No fué pequeño mi desencanto, al llegar a una estación de concreto armado, parecida a todas las estaciones, con mozos de cordel frente a las ventanillas y taxímetros a la salida. A lo largo del viaje, esta sorpresa, se repitió incansablemente. Mis primeras reacciones fueron violentas y, más de una vez, maldije a Pierre Loti, a Claude Farrere y a Augusto d'Halmar. En el fondo de mi conciencia, los consideré mistificadores que se complacían en burlarse de la buena fe y de la credulidad de espíritus jóvenes e inexpertos. Con el tiempo, aprendí que el verdadero sortilegio del Oriente no se encuentra a primera vista, ni su belleza se rinde jamás a la mirada superficial y ligera.

Ahí estaba Seúl, con su impenetrable rostro de es-

finje. Le formulé, sin palabras, mis interrogaciones. La respuesta no se hizo esperar y dijo brevemente: —Entra y verás.

Claro está que las palpitaciones de la tierra coreana no podían sentirse a través de la dominación japonesa, de sus administradores civiles ni de sus césares militares. Ellos querían que nos encerráramos en el «Chosen Hotel», lugar de nuestro hospedaje, aguardando sus órdenes para realizar visitas oficiales.

Constantemente, esta muralla aisladora se estaría interponiendo entre la realidad y nosotros. No obstante, mis compañeros de viaje, lo mismo que yo, fieles a la norma que nos habíamos impuesto, nos desentendimos del protocolo, violamos todas las prohibiciones y logramos penetrar en la esencia de esa tierra y de esa raza.

Solos o asociados por compañeril afecto, salíamos al azar de calles y barrios, en pos de lo nuevo, de lo inédito, de lo revelador. Podemos afirmar que, al cabo de quince días en Seúl, la ciudad no tenía secretos para nosotros y habíamos logrado abarcar íntegro su panorama humano y su paisaje.

Antes de descubrir los verdaderos atractivos de ese rincón del Oriente, un nuevo detalle ingrato me produjo efecto de rechazo: en el aire flotaba un olor a cebollas podridas, causado, tal vez, por las emanaciones del carburo que empleaban los automóviles, o, lo que es más probable, por ciertos hábitos de desaseo municipal y urbano que caracteriza a los pueblos asiáticos. Se ve basura, perros y gatos muertos en las calles; aguas estancadas y nauseabundas en canales y acequias de los suburbios. La venta de fritangas en las veredas, aumenta la diversidad de emanaciones chocantes y contribuye a la algarabía de las calles.

En cuanto a las personas, justo es decir que el pueblo coreano es bastante limpio, gusta del baño frecuente y de otras saludables prácticas; pero yo no sé, si será debido a los alimentos que consumen o a otra causa ignorada, todos los coreanos, desde los príncipes al sufrido *coolí*, están pasados a ajo. Cuando le hablan a uno, es preciso contener la respiración o volver la cabeza a otro lado. Nosotros mismos, después de tres días, hedíamos a ajo y no podíamos soportarnos recíprocamente. Recuerdo que, al abandonar la ciudad, me acerqué en el tren, al único europeo que por allí se divisaba y traté de entablarle conversación. Pero en cuanto abrí la boca, mi vecino de asiento hizo un gesto de asco, arriscó la nariz y terminó por encogerse de hombros, fingiendo no entenderme nada, para evitar que le siguiera hablando.

Finalmente, el grupo de chilenos convinimos en que los olores molestos habían desaparecido. Acaso eran sólo una aprensión nuestra. Lo cierto, o, mejor dicho, lo increíble, era que nos habíamos acostumbrado, volviéndonos insensibles a la fetidez. Por lo demás, la ciudad y la gente, comenzaron a proporcionarnos tantos agrados, que el mal olor, las dolencias de Jorge Vial y las admoniciones tribunicias de Rodrigo Aburto pasaron a segundo término.

Tierras adentro, Seúl, se nos ofrecía como una villa pletórica de incentivos. Las casas están construídas a la antigua usanza, de modo que las agrupaciones de viviendas son parejas, sin contrastes inarmónicos. En eso países, las familias ricas son muy pocas. En Corea, no pasan de veinte. En consecuencia, las mansiones señoriales se destacan como un lunar. La gran extensión de la ciudad, está ocupada por las poblaciones modestas. Lo que podría llamarse clase media y bur-

guesía, se identifica con el pueblo en sus costumbres y modos de vida.

Desde que veníamos a bordo del «Tokuyo Marú», nos había despertado curiosidad la vestimenta blanca de los coreanos. Cuando preguntamos el origen de tal costumbre, se nos explicó que el blanco era el color de luto en Extremo Oriente. Cuando moría un miembro de la familia, los deudos se vestían durante seis meses de blanco. Cuando se efectuaba el sepelio de un príncipe, correspondían nueve meses de luto y cuando moría un emperador, era necesario llevar durante un año y medio los vestidos blancos. Según nos manifestaron los japoneses, en el siglo XVII murieron cinco emperadores coreanos, de manera que la población del país hubo de mantener su duelo durante siete años consecutivos. Esto los habría acostumbrado de tal manera a la ropa blanca, que la llevan hasta hoy. . . Esta es la interpretación japonesa. Los coreanos, en cambio, declaran que llevan luto, solamente por su pérdida independenciam, como protesta contra la opresión de los japoneses.

Como sea, ya que la suprema ley de Corea era la limpieza y puesto que los vestidos deben ser cambiados por lo menos tres veces a la semana, las mujeres coreanas no hacían otra cosa que lavar. A los japoneses, les parecía que esto significaba una tremenda dispersión de fuerzas y en la época de nuestra visita, se encontraban en plena campaña—por desgracia infructuosa—contra la costumbre de los vestidos blancos.

Los coreanos, raza de artistas, aman la naturaleza y le rinden culto ferviente. En Seúl, las calles se encuentran bordeadas de árboles frondosos y muy antiguos; se los deja crecer en libertad, sin mutilarlos con artificiales decoraciones. En cada barrio, hay

un extenso parque, más exactamente, un bosque tupido, con claros de jardines y lagunas a donde acuden las pobladores en busca de esparcimiento.

El río que atraviesa la capital es el Yang-Kang, voces que, traducidas a nuestra lengua, significan «El Cisne Verde». Este nombre tiene origen en una leyenda secular: cuéntase que el rey Kaolí de la dinastía Korío, tenía una hija de extraordinaria hermosura.

Debo advertir que, en general, las mujeres coreanas son desestimadas. No tienen derecho alguno y viven eternamente sometidas. A las de la alta clase, especialmente, se las recluye hasta el día en que son tratadas en matrimonio por sus padres. Legalmente, los novios no pueden verse hasta la víspera de la ceremonia en que se reconocen como marido y mujer. Estas normas se respetan siempre, aunque no sean impuestas por los padres; cualquier pariente las hace cumplir, pues los lazos familiares son sagrados en Corea y basta la más pequeña afinidad para hacer válidos los atributos de mando. Pues bien, un joven noble estaba enamorado de la linda princesa y buscaba la ocasión de verla siquiera desde lejos. Mediante el soborno, consiguió que las esclavas le dieran acceso a un lugar adecuado para contemplarla mientras se bañaba. Un día la doncella se dió cuenta de que un hombre la estaba admirando en plena desnudez e imploró a los dioses que la hicieran invisible. Fué oída su plegaria: los hados la transformaron en un gallardo cisne verde que, cada atardecer, surcaba, majestuosamente, las aguas del río que tomó su nombre.

Seúl no tiene ritmo melancólico y fúnebre como Tokio; ni desorbitado y estridente como Shangai.

Una alegría sencilla, caracteriza a sus pobladores y marca el acento de la urbe. El hermetismo y la clásica reserva de los nipones, se notan mucho menos acentuadas en los coreanos. Se sabe, de inmediato, si el forastero les ha caído o no en gracia; muestran su buen humor y su disgusto, con infantil ingenuidad.

Una de las primeras noches, las autoridades coreanas nos invitaron a un banquete. No encontramos aquí grandes novedades con respecto a las que nos habían sorprendido en Japón: el interior del restaurant era semejante a los de Nagoya o Simonoseki, con vigas de troncos de árbol despojados de su corteza, pero conservando los nudos y caprichosas formas naturales; había que sentarse en el suelo y tomar la comida con palitos de bambú.

Tal como en Japón, nos servían hermosas geishas, las mismas que se encargaban de entretenernos con su conversación, sus cantos y sus danzas. En el Japón, las geishas visten trajes muy costosos y sumamente complicados; están llenas de trapos y su ropa interior las envuelve como una mortaja. Las coreanas, por el contrario, se cubren de velos. Usan una pequeña blusa y una túnica que les llega hasta los pies; les encanta alternar diversos colores. El peinado es, también, muy simple y muchas llevan el cabello suelto. Son sutiles, vaporosas, y extraordinariamente tiernas. En cuanto a los alimentos, no tuve indicios de que se nos haya hecho comer ratones como sucedía, casi a diario, en el Japón. Pero en este banquete me ocurrió algo mucho más inesperado: entre los primeros platos, trajeron una especie de pastel, cuya apariencia era tentadora. La superficie estaba cubierta de una crema color marrón. Jorge Vial, siempre empeñado en ver las cosas como si no hubiera salido de Chile y que,

cuando le presentaban un ratón estofado, lo tomaba de inmediato por una codorniz, exclamó lleno de alborozo:

—¡Ah! ¡Nos han preparado pastel de choclos!...

Grave error. Partí el bloque, puse una porción en mi plato y quise comenzar llevándome a la boca esa apetitosa crema que la cubría. ¡Cuál no sería mi disgusto al sentir el repugnante sabor de la sal gruesa! Se trataba de un tipo de pescado que se cuece bajo esa cáscara salina. Mis compañeros, al advertir el chasco que yo me había llevado, se negaron a probar el guiso. Pero a mí, la curiosidad y el hambre me impulsaron a llegar hasta el fin. Y tuve mi premio; porque quitándole los terrones de sal, ese pescado era exquisito. Otro plato peculiar de Corea, que conocimos en esta oportunidad, fué el *kinichi*, un compuesto de repollo condimentado con ají, jengibre, pimienta colorada y caldo. Es un plato sumamente sabroso, al que los europeos que visitan Corea le han dado el nombre de «sangre de tigre», en atención a su poder tonificante y a sus propiedades afrodisíacas.

Terminada la cena, cerca de la medianoche, el grupo se dispersó: el gran camarada Rodrigo Aburto, accediendo al convite de una geisha, se fué con ella a visitar un templo coreano; Augusto Iglesias, subió a un *ric-shaw* y regresó al hotel; Planet, se quedó entrevistando a unos periodistas coreanos que, según nos dijo más tarde, le hicieron ciertas revelaciones sensacionales que nunca quiso participarnos; Jorge Vial, hizo mutis en forma enigmática. Yo decidí caminar solo por las calles. Creía recordar el camino del Chosen Hotel; pero empecé a dar vueltas y me extravié; de entre las espesas sombras surgió un *coolí* arrastrando su carruaje. Le ordené me llevara a mi domicilio.

Al cruzar un parque, vi, con asombro, que algunas mujeres de edad, agazapadas entre los árboles, salían a detener el vehículo y con cara sonriente y codiciosa, levantaban su manto para mostrar una niñita de diez o doce años, a la que ofrecían en inmundo comercio. Este espectáculo me puso el alma adolorida y le indiqué al *coolí*, me llevara a un sitio alegre. El creyó comprender mi deseo. Torció una calle y partió rumbo a extramuros. Después de largo y silencioso trotar, nos aproximamos a un barrio de casitas bajas con faroles de papel colgados de la puerta. El *coolí* hizo alto y me introdujo a una de las casitas. Desde la entrada, reinaba allí una atmósfera de ocultación y de culpabilidad; las pequeñas luces no permitían distinguir los objetos hasta que la vista se habituaba a la penumbra. No había movimiento ni bullicio y sólo se escuchaban algunos rumores casi imperceptibles. Al poco rato, vino a recibirme un anciano flaquísimo, con el cutis arrugado; podría decirse que sus ojos estaban cerrados en perpetuo sueño. Me habló con voz perezosa y nasal, indicándome los divanes que había en la pieza contigua. Sólo entonces pude darme cuenta del lugar en donde había caído. Los marxistas han dicho que la religión es el opio del pueblo; pero aquí, en el Asia, el opio es la religión del pueblo. En ese momento, yo estaba dentro de uno de los santuarios donde se rinde culto al vicio que transporta a tierras de ensueño. En la salita que me indicaba el viejo, había una media docena de personas tendidas sobre sus divanes: dos de ellas eran jóvenes; una mujer de regular edad; el resto, parecían bordear los 60 años. Algunos dormían profundamente; otros llenaban sus pipas y las succionaban con avidez. Ya que el azar me había conducido hasta ese sitio, qui-

se vivir mi aventura hasta el final y acepté los plumones y la pipa que me ofrecían. El instrumento de tan fino deleite es una gruesa caña de bambú que tiene en la mitad una especie de tacita donde se colocan las bolas de opio, cuyo tamaño y color son idénticos a las pastillas de naftalina. Me cobraron diez wong—o sea, unos cien pesos chilenos—al pasarme la primera pipa, dándome, a la vez, las instrucciones elementales para el uso. Hice lo que me enseñaban, principiando por quemar con un fósforo las bolitas, que pronto se convirtieron en una pasta color café. Entonces, comencé a chupar denodadamente por el extremo superior. El efecto inicial de esta prueba, fué un gran cansancio en las mandíbulas; luego, mi paladar se inundó de un insulso sabor a pasto. Chupé la pipa con más empeño, hasta morderla, ansioso de sentirme pronto invadido por celestial letargo; cerré los ojos para ver si acudían las divinas imágenes; agoté una, dos y tres pipas, pero no me dormía ni soñaba. Inmensamente fatigado, tiré la inútil pipa sobre una mesita de laca, prendí un vulgar cigarrillo, y, para consolarme, pensé que nada había más delicioso que el inofensivo y económico tabaco. Al partir, no sin disgusto, de aquella casa, el veterano vicioso me preguntó con sonrisa de complicidad: —¿Very nice?—convencido de que yo había disfrutado de instantes maravillosos. Me encogí de hombros, le lancé al viejo una mirada de reproche y salí enteramente desilusionado de los paraísos artificiales.

Cerca de las tres de la madrugada, me encontraba de regreso en el hotel. Apostado junto a una columna de cemento, encuentro a Carlos Barry—hoy distinguido gerente de la Associated Press en Santiago—. Le pregunté qué esperaba ahí, a esas horas, con tanto

frío. El me contó que había hecho una conquista muy apreciable. Se trataba de una dulce coreana, llamada Sai-Sai-Sen, que hacía de cajera en un pequeño restaurante, situado frente al hotel. Precisamente, a esa hora comenzaban a cerrar el negocio y, dentro de pocos minutos la niña se reuniría con mi amigo periodista que, huelga decirlo, se sentía orgulloso de su buena suerte. Apagan las luces en el interior del local y pronto Barry me señaló a la dama de sus pensamientos, que iba saliendo del trabajo. Pero no bien la coreana hubo puesto los pies en la calle, surgió, no se sabe de dónde, un soldado japonés. Era evidente que la esperaba; y por la forma con que la tomó de la cintura y se perdieron juntos en la oscuridad, colegí que tenía con ella algunos grados más de confianza que con mi amigo Barry. Con la cara roja de ira, el acucioso repórter se encaminó al «Chosen Hotel». Al decirme «buenas noches», en la puerta de su cuarto, agregó indignado:

—¡Ahí tienes tú las peores consecuencias del imperialismo!

Otro incidente, fué el remache de aquella larga jornada. El compañero Vial Jones había tenido la justa y explicable curiosidad periodística de conocer la vida nocturna en la exótica urbe. No sé a ciencia cierta, dónde ni con quién estuvo y se entretuvo. El caso es que, muy de madrugada llamó por teléfono a nuestro cicerone japonés, diciéndole que no podía salir de un establecimiento, sin antes pagar la abultada suma de mil yenes (unos ocho mil pesos chilenos) por un par de huevos fritos y una taza de café. Como supremo testimonio de inocencia, Vial Jones alegaba que, a su edad, era imposible que hubiera gastado tanto en una noche. La oportuna intervención policial solucionó el

conflicto, y entre nosotros quedó la fama de que Jorge Vial había comido en Seúl los huevos más caros del mundo.

En días sucesivos, visitamos primeramente el Palacio Real de Corea, y, luego, el Santuario de Chosen Gingo. El Palacio Real fué reconstruído algunos años después del gran incendio que arrasó los principales monumentos históricos de Seúl. El último de los reinantes que vivió en esta mansión fué el Príncipe Li, casado con una princesa nipona. Los actuales monarcas, habían sido acomodados en un *building* moderno, de concreto armado. El Palacio que conocimos, tiene carácter de museo y se conserva tal como lo habitaron sus difuntos moradores. Se pasa a través de grandes atrios con pavimento de piedra molida. Ya en el cuerpo del edificio, se entra a un salón sencillo. Más al interior está la sala de ceremonias con el trono. Del techo penden enormes lámparas de bronce y cristal de roca. En las mesas se ven preciosos jarrones chinos de porcelana azul. El patio interior, protegido por cobertizos de madera, es el cementerio de la familia real. A derecha e izquierda de las tumbas regias, se encuentran los mausoleos de militares y nobles. En este santuario, impresiona la extraordinaria sencillez con que los orientales sellan sus ceremonias y monumentos fúnebres. Ni un epitafio, ni una estatua que reproduzca las formas de los que ya pasaron. Estufas de bronce, en forma de muebles, con pie de mármol y en el centro un horno para los sacrificios, completan la sobria decoración de este recinto.

En el templo de Chosen-Gingo impera un ambiente parecido, aunque más solemne. Necesariamente, debo referirme, otra vez, a las diferencias de matices con respecto a Japón. Los templos japoneses son valiosos

por el trabajo empleado en su ornamentación artística; encierran, además, gran riqueza simbólica; pero flota en ellos una atmósfera deprimente, que encoge el espíritu y no invita a permanecer allí largo rato. Por otra parte, los santuarios nipones están siempre concurridos por multitud de fieles que llevan ofrendas y formulan plegarias.

Los templos coreanos, más próximos a la armoniosa arquitectura china, disponen, en primer lugar, de mucho espacio. A la entrada de Chosen-Gingo hay un tupido bosque de pinos, abatidos aquella tarde por rachas de viento helado. Una avenida larga, conduce al mausoleo del recordado emperador Li-Pieng. Las puertas del santuario y las del mausoleo, permanecen siempre cerradas y sólo se abren a contados visitantes; y al pueblo, en el aniversario de las principales solemnidades. Por eso, reina aquí un silencio perfumado por el aroma de los pinos; un silencio que sólo quiebra el canto de los miles de pájaros que habitan la copa de los viejos árboles. Para dirigirse a uno u otro mausoleo hay calles anchas, amplias avenidas, a cuya vera hacen guardia incesante grandes esculturas de piedra que representan animales sagrados, monstruos maléficos y genios protectores. El errado concepto del vulgo, suele creer que la calma inmutable, es el signo distintivo del oriental. El sentimiento que, en realidad, predomina entre los asiáticos, es un poderoso dominio de sí mismos. Ello no quiere decir que se encuentren libres de pasiones. Así pensaba yo, al deambular por los religiosos senderos del templo de Chosen-Gingo. La expresión atormentada de estos dioses vigilantes, pone de manifiesto los terrores primitivos, las solitarias angustias, la temblorosa devoción de quienes los concibieron y los adoraron. Fijo

mi vista en sus semblantes de piedra y advierto que algo inaccesible, perdido en la noche, se interpone entre ellos y mi espíritu y me pregunto desde qué remoto fondo de un desconocido universo, estarán ellos mirando a los peregrinos que en este crepúsculo dorado, inconsistente y misterioso, han venido a perturbar su calma.

La última sepultura a que nos acercamos, es la de fundador de la dinastía coreana. Sobre la escalinata de rigor, se encuentra colocada la litúrgica piedra de jade, una gran lápida rectangular que simboliza los deseos realizados y los no cumplidos del extinto. La construcción, es toda de piedra pintada de azul y pórfito, a excepción de las murallas contiguas a la bóveda que ostentan rutilantes franjas de oro. Henchidos de reverencia y de piedad, abandonamos lentamente el santuario, dejando a los dioses y a los muertos gloriosos, en su soledad y en su perfumado silencio...

El diario contacto con personas de todos los sectores, nos puso en relación con algunos jóvenes intelectuales, a cuya amistad debemos, mi amigo Augusto Iglesias y yo, momentos inolvidables. Una noche entre las noches, estos jóvenes nos invitaron a conocer un pequeño trozo de la bohemia artística de Seúl. Permanecemos en una salita adornada con buen gusto, refinamiento y sencillo confort. Algunas láminas en los muros, exponen la originalidad y la gracia de sus pintores. Sobre las pequeñas mesas de laca roja con dragones y tigres grabados a fuego, hay esculturas, marfiles y porcelanas. El dueño de casa, un joven llamado Ryu, era maestro de música y tenía como huéspedes a poetas, escritores y tres hermosas muchachas. Todos hablaban correcto francés y estaban al

día en las cosas europeas; después de libar una botella de vino coreano y de sorber algunas tazas de café, gratamente conversados, Ryu sentóse al piano y ejecutó con maestría y dominio algunos trozos de Beethoven. Una de las muchachas era concertista y cuando le tocó su turno, deleitó al auditorio con delicadas interpretaciones de Debussy. Después de breve intervalo, algunos acordes de música ancestral y de instrumentos de percusión, se dejaron oír y otra de las jóvenes, ejecutó bailes inspirados en motivos típicos de la tierra coreana: «La Seductora Budista», representaba la historia de una mujer que se disfraza de monja y se introduce en un templo, donde danza, tocando el tambor para corromper a los bonzos. «La Danza de Kissan» mostraba a una cortesana de Corea, llevando el tambor y cantando para distraer a los artistas bohemios. «La Desgracia de Shunko en la Prisión» recordaba la leyenda de una linda cortesana, llamada Shunko (nombre que significa «perfume de primavera») y que fue heroína de célebres romances. Era amada por un señor déspota, pero ella, que estaba enamorada de un estudiante, rechazó su amor. El señor, para vengarse, la hizo tomar prisionera. Su juventud y su belleza, «los perfumes de la primavera», se vieron, pues, encerrados en la cárcel. Por último, «La Hechicera de Seúl», recordaba a una bruja coreana que gesticula y seduce con sonrisas y lágrimas para conseguir todo lo que desea. De esta manera llegó a embaucar a un sabio budista. Su belleza y sus perfumes, fueron más fuertes que la prudencia humana.

Desde un ángulo sombrío de la pieza, se alzó, más tarde, una voz que entonaba canciones populares de esa tierra. Para dar idea del sentido con que el pueblo

coreano mira la vida, repito, en síntesis, las palabras de aquella canción: «Es preciso pasar alegremente la juventud; de nada sirve apenarse y entristecerse. ¿Después de la muerte, qué será de nosotros? ¿Qué se harán las bellas mujeres y los grandes héroes? Pensemos que como ellos murieron, nosotros también vamos a desaparecer».

* * *

No hablemos, ahora, de los antecedentes históricos de Corea, ni de las invasiones japonesas y rusas que, a través de los años, han mantenido a este país pacífico en perpetua guerra. El idealismo de los coreanos, su afición por las cosas bellas, su amor al trabajo, encauzan su actividad hacia el cultivo de las artes y hacia el desarrollo laborioso y paciente de las faenas agrícolas. La dura realidad de las agresiones exteriores, los ha encontrado siempre desprevenidos. Las reiteradas ofensas a su dignidad nacional, han despertado en el pueblo, un recelo profundo contra los extranjeros, que sólo ha logrado aplacar la bienhechora presencia de los norteamericanos, quienes, justo es decirlo, han destruído la mayoría de los rancios prejuicios contra el blanco que existían en el continente asiático.

El triunfo de las democracias en la última guerra, suscitó anhelos de emancipación en los pueblos del continente amarillo. Estos propósitos han sido satisfechos ya, por lo que respecta a la India, a las Islas Filipinas y a otros países cuya situación dependía de Inglaterra o de los Estados Unidos. Corea también ha sido encarrilada en la vía de la libertad y sus pobladores estaban divisando las perspectivas de una integral

recuperación. Corea no quiere ser comunista. El mito bolchevique es incompatible con el carácter, las tradiciones y el fervoroso patriotismo de los coreanos. Fuera de lo que se relaciona con sus asuntos internos, los habitantes de ese país, no sienten interés por la política de otras naciones. Todas las veces que los interrogué a este propósito, sólo fueron explícitos para decirme que abominaban el comunismo y les infundía pánico el régimen soviético. Nunca soportaron a los japoneses. La clásica ironía del pueblo, les hizo idear una palabra de doble sentido para referirse a sus invasores. Les decían «Dios». Los japoneses, ingenuos, creían que el pueblo de Corea los adoraba. Pero cuando insté a un joven universitario a que me confesara el verdadero significado de tal denominación, él, riéndose me hizo esta confidencia: «Los llamamos *Dios* porque están en todas partes y nadie los puede ver». A pesar de todo, reconocían que la dominación japonesa había dejado un saldo favorable de modernos aeropuertos, calles asfaltadas, agregando a su haber, la transformación de Shiragi —vieja metrópoli asiática— en elegante lugar de veraneo y de la aldea de Pyong-Yan en una ciudad de 120,000 habitantes. Mas, no era por estas ventajas que los coreanos consideraban a los nipones como un mal menor, sino porque la fuerza militar del Mikado, los estaba preservando de la tiranía roja.

El amor a su tierra ha inspirado a los coreanos un estilo propio en literatura, así como la denominación de algunos lugares favorecidos por la naturaleza. Entre ellos se cuentan la «Colina de la Alegría» y la «Montaña de la Paz», nombres a los que nuestra inmensa esperanza, debe concederles hoy el valor de

símbolos, puesto que del triunfo de los hombres libres en esa línea del Asia, habrá de derivarse la felicidad del bello país coreano y para la Humanidad, los augurios de una paz eternamente imperecedera, fecunda para siempre.